

## Cerebro o mente

antonio colom pons

“Toda época tiene sus enfermedades emblemáticas”, así empieza el libro *La sociedad del cansancio* del filósofo germano-coreano Byung-Chul Han. Para este autor, en el comienzo del siglo XXI enfermedades como la depresión, el síndrome de fatiga crónica, el trastorno límite de la personalidad, el trastorno de atención con hiperactividad o el síndrome de desgaste ocupacional, entre otras, definirían un nuevo panorama patológico determinado por una concepción neuronal en el que las neuronas se hallan en violencia **dialéctica** frente a una nueva sociedad que es la del **rendimiento** y que se caracteriza por un empuje a la capacidad sin límites. Frente a esta presión social por el rendimiento, la contemporaneidad produciría individuos fracasados, aburridos, hartos y depresivos debido a una revolución neuronal como respuesta al exceso de **positividad** y **autoestima** condiciones necesarias para la eficacia estandar. Nos hallamos quizás, en el siglo de las enfermedades neuronales como emblemáticas de la época en contraposición al anterior que fue el de los virus y bacterias, según este autor. El vuelco, no obstante, conlleva situar el problema como interno, no como un virus que viene del afuera. Algo adentro no funciona bien. Y no es efecto de un afuera.

Se trata, por otro lado, de un planteamiento clásico ya presente en la obra de Sigmund Freud y de Jacques Lacan que defendieron que la enfermedad mental no era ajena a su tiempo aunque en ningún momento observaron a ninguna neurona hablar y eso que ambos venían del campo de la medicina.

Pero sigamos. También figuras relevantes de la talla de los filósofos Giorgio Agamben y Judith Butler están denunciando en sus últimos libros el peligro que supone el desplazamiento hacia el paradigma epistemológico de las ciencias cognitivas por suponer un reduccionismo de lo **específicamente humano** al sistema neuronal y al código genético. Agamben, tanto en su libro *Signatura rerum* como en su libro *Desnudez* realiza la siguiente pregunta ¿Qué tipo de identidad puede construirse sobre datos meramente biológicos? Respondiendo que tal reduccionismo biologista elude lo que implica el reconocimiento social del individuo y la cuestión de asumir la **máscara social** por parte del mismo. Para Agamben, esta nueva identidad es una **identidad sin persona** algo que, según él, tambalea los principios éticos de nuestra sociedad. Judith Butler, por su parte, en su libro *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, se pregunta qué es una vida. Y en su respuesta, apuesta por un abordaje social y político reivindicando también una ontológica que los incluya, distinta a la que las neurociencias y la biología molecular sostienen con respecto al concepto

“vida”. Añadiremos que para estos autores este cambio de paradigma afecta al conjunto de las Humanidades, de las llamadas Ciencias Humanas, por desplazar un principio **eminente historicista** hacia otro meramente **biológico**. Y también al psicoanálisis, por supuesto. Pero no nos extrañemos, todos somos testigos de la etapa involutiva en la que determinadas disciplinas se hallan en el marco del aprendizaje y de la investigación como efecto de las políticas actuales que empujan a su desaparición mediante la disminución de horas escolares, disminución de becas, disminución de ayudas a la investigación, etc., etc. Y a la descalificación permanente del psicoanálisis llegando al extremo de prohibirlo en determinados ámbitos.

Lo llamativo es que en este panorama están apareciendo continuamente libros sobre el funcionamiento del cerebro y sus determinantes sobre los procesos cognitivo-conductuales. No me refiero exclusivamente a trabajos científicos en revistas especializadas, sino también a la presencia del **cerebro** en la prensa cotidiana e incluso en la proliferación de ensayos sobre esta **viscera** muy en la línea de lo que Byung-Chul Han, expone en el libro que he mencionado al comenzar. Y por supuesto no podemos dejar de denunciar el poder que se está ejerciendo sobre la **subjetividad** por parte de las **multinacionales farmacológicas** que no sólo están produciendo nuevas enfermedades a la altura del psicofármaco al uso, sino que están modificando los cuadros diagnósticos en función de la existencia o no de un fármaco que las trate. Algo que **¡al fin!** aparece denunciado tanto en prensa como en las redes sociales.

Entonces, en este contexto, ¿qué puede aportar el psicoanálisis y fundamentalmente, qué puede ofrecer a aquellos que piden ayuda frente a sus sufrimientos existenciales tanto si se les llama mentales como cerebrales? ¿Se trata de pedir un escaner de esta víscera habitada por ENTES dialécticos?

Iremos por partes. ¿Qué tal si comenzamos cuestionando si a partir de ahora las enfermedades mentales deben llamarse enfermedades cerebrales? No se trata de una pregunta banal pues el empuje actual tiende a sustituir la concepción clásica de “mente” por la de “cerebro”, les remito al libro del premio Nobel de Medicina, Eric Kandel, *La era del inconsciente*, (pésima traducción del título original *The age of insight*), en el que nos dice que “El desafío central de la ciencia en el siglo XXI es la comprensión de la mente humana en términos biológicos”, gracias a la unión entre la psicología cognitiva y las neurociencias. Aunque resulta curioso que detecte que la ciencia del cerebro y el arte representen dos perspectivas muy distintas de la mente y en donde el descubrimiento freudiano del inconsciente también

hallaría una ubicación neuronal. (¿Cerebrizar el inconsciente? ¡Uf!). Lo interesante de este trabajo es el hecho de que la creación artística escapa a la concepción de la mente en términos cerebro-neuronales.

Así pues, ¿enfermedad mental o cerebral? Pero, ¿qué entendemos por “mente”?, ya que al cerebro lo hallaremos perfectamente descrito en manuales de anatomía. Me ha resultado sumamente interesante a la vez que divertido el realizar un rastreo de este concepto a través de diccionarios, diccionarios etimológicos y también en Internet. Nos hallamos y en eso todos estamos de acuerdo, ante un **sustantivo femenino** por lo que le podemos aplicar una de las máximas enunciadas por la abuela de la serie Downton Abbey interpretada por la genial Maggie Smith quien en un episodio dice “Como soy mujer, puedo ser contradictoria”, quedándose tan fresca... Y sí, nos hallamos frente a un concepto que debido a las influencias biologists de los últimos tiempos, resulta altamente contradictorio a la hora de leer su definición en función del año en que fue hecho el diccionario o de quien ha definido la palabra en lugares como el Wikipedia, por ejemplo. No voy a desarrollarlas, sino que optaré simplemente por la vertiente etimológica que la enlaza con el latín *mens*, *mentis* y que es definida como una **entidad incorpórea**, inmaterial, sede de la imaginación, la consciencia, el pensamiento, la reflexión, la intuición, la voluntad..., definición muy de acorde con las últimas representaciones que Jacques Lacan realiza de la mentalidad mediante la figura topológica de un Nudo Borromeo en el que se articulan tres registros, real, simbólico e imaginario gracias a un cuarto nudo al que denomina *sinthome*. Observemos como la aportación del psicoanálisis es la de incluir el concepto de real pero también el término *sinthome* que hace referencia a lo que es propio de la experiencia de un análisis en la concepción del mentalismo subjetivo.

Pero detengámonos también en el término latín *mentis* del que deriva el verbo mentir y el sustantivo mentira que también forma parte de palabras tan decisivas como pensa-miento, senti-miento, enamora-miento..., por lo que simplemente les propongo un mero ejercicio que consiste en pensar cómo desde sus inicios, la concepción de la mente en sí misma, conlleva un **fallo**. Algo falla aunque sea a modo de paradoja y que hallamos por esta vertiente en lo que es la coexistencia de **pensar-reflexionar-imaginar** y **mentir**. Creo que todos coincidimos en que algo falla ya que tanto las multinacionales farmacéuticas, como las concepciones neurológicas, como las psicologías y como el psicoanálisis optan por trabajar tal fallo al que en ocasiones, le damos estatuto de patología. La cuestión que les planteo y que les avanzo es la siguiente, **¿dónde situar tal fallo?** Es evidente que las concepciones biologists lo sitúan en las conexiones neuronales del cerebro

o en sus neuronas. No es el caso del psicoanálisis que sitúa este fallo y se lo avanza, en el campo de lo simbólico, en el campo del lenguaje; es decir, en la matriz de la **significación** con la que abordamos nuestra realidad cotidiana y doméstica y que escapa a la conciencia de cualquier individuo.

De cualquier forma no olvidemos que no es la primera vez que aparece el cerebro como el protagonista de los trastornos mentales. Ya en la década de los 50's del XX aparecieron nuevas técnicas de tratar las patologías psiquiátricas como fueron los electrochoques, las lobotomías, así como los llamados “lavados de cerebro”. A Dios gracias y aunque el lugar del científico y su decir hace ya tiempo que siempre va a misa, no trascendió masivamente a la sociedad civil. No recuerdo haber escuchado nunca a nadie decir que hoy está ocupado porque se va a realizar un lavado de cerebro y que mejor quedar mañana. Pero, ¿por qué *lavado* y no *brushing* o *permanente* o *secado* del cerebro? Evidentemente y a pesar de la estupidez inherente a tal pregunta, había una ideología subyacente a tales abordajes de la patología psíquica. Naomi Klein en su libro *La doctrina del shock* realiza una magnífica y clara exposición documentada. Los eminentes doctores Kennedy, Anchel y Cameron, quizás los más sobresalientes en ese momento, realizaron una novedosa relectura del libro *Sobre el Alma, Libro III* de Aristóteles que les permitió, ayudados por las nuevas tecnologías, intentar borrar la mente y devolverla a aquel estado descrito por Aristóteles como “una tabla vacía sobre la cual aún no hay nada escrito”, una *tabula rasa*. Su idea consistía en borrar para luego escribir. Borrar esas pautas supuestamente patológicas para luego reescribir las adecuadas...No quiero alargarme más en este punto. Simplemente demostrar y recordar el peligro que puede suponer poner en marcha determinadas ideaciones científicas a pesar de los muchos millones de € que se gastan en experimentos con roedores. No obstante me gustaría que nos detuviéramos en lo más obvio: si hablamos de borrar y de escribir y reescribir, es necesario un lenguaje y un o unos lectores. Creo que todos estamos de acuerdo, por lógica.

Ya les he avanzado anteriormente que la apuesta del psicoanálisis consiste en pensar este fallo del que les hablé, como inherente al lenguaje o más concretamente, al hecho de que somos seres hablantes y porque el lenguaje es nuestro **material de trabajo**, al igual que lo es para los psicoterapeutas, para los psicólogos e incluso para los psiquiatras, aunque cada uno tiene una posición diferente frente a aquello que un sujeto describe y expresa como su sufrimiento a través de palabras.

Les propongo ahora detenernos en un ejemplo clínico. Se trata del libro de Siri Hustvedt *La mujer temblorosa o la historia de mis nervios*. Si le doy estatuto de “clínico” es debido a que si lo buscan en una librería, deberán ir

a la sección de Psicología a pesar de que las novelas de esta escritora, esposa del conocido Paul Auster, habitualmente se hallan en la Sección Literatura. Pero también se trata de un trabajo serio de una mujer que ante la irrupción de un fenómeno corporal y habitada por un deseo de saber, decide ahondar en toda cuanta teoría psicopatológica existe en la contemporaneidad y en concreto en esa gran constelación de ideaciones “psi” que habitan en los Estados Unidos. Se lo recomiendo. Quiere entender qué le pasa. En el libro hallarán la **significación** que cobra un fenómeno patológico en todo cuanto psicoabordaje existe en ese lugar. Como efecto de tal deseo de saber, resulta este libro **autobiográfico** sobre el desencadenamiento de su propia enfermedad mental en el que ya en las primeras páginas hallamos una descripción pormenorizada del fenómeno que irrumpe dos años después **de la muerte de su padre**, dando una conferencia en un acto en que se homenajeaba su memoria. Leo para ustedes: “Segura de mi misma y provista de fichas llenas de anotaciones, miré al público, compuesto por unos cincuenta amigos y colegas suyos que se habían reunido alrededor del abeto noruego conmemorativo, lancé mi primera frase y a continuación, empecé a temblar descontroladamente de la cabeza a los pies. Mis brazos se agitaban de forma desmedida. Mis rodillas chocaban una contra otra. Temblaba como si fuera presa de un ataque epiléptico. Lo increíble es que no me afectaba a la voz en absoluto. Hablaba como si siguiera impertérrita. Estupefacta ante lo que me estaba sucediendo y aterrada ante la posibilidad de caer redonda en cualquier momento, logré mantener la calma y terminar el discurso, a pesar de que las notas que sostenía entre las manos se desperdigaran sin orden ni concierto delante de mi. El temblor cesó en cuanto dejé de hablar. Me miré las piernas. Las tenía totalmente rojas, casi moradas.” A partir de este momento comienza la búsqueda de un diagnóstico y un tratamiento. Va a neurólogos, psiquiatras, neuropsiquiatras, neuropsicoanalistas, pero finalmente es ella que se autodiagnostica como un caso de conversión histérica. Básicamente el libro consiste en la descripción del proceso que implica nombrar con sus propias palabras ese fenómeno que por cierto, no fue la única vez que sufrió y al que finalmente y tras descartar todo cuanto diagnóstico halla, es ella la que opta por nombrarlo con sus propias palabras “Yo soy la mujer temblorosa”, frase con la que se acaba el libro. (Por cierto, esto es lo que está en juego en las entrevistas preliminares a todo análisis, que el sujeto nombre con sus palabras su propio sufrimiento, que lo evalúe). Ah! y observemos que finalmente su sufrimiento se aleja de la cerebrización y es ubicado en su ser: define su ser.

Asistimos pues, a la descripción de un proceso que se desencadena a partir de esa irrupción sintomática que ella misma en el libro vincula con la **muerte de su padre** y que lleva a esta señora a indagar, a saber que es lo

que le pasaba y a cuestionar los diferentes abordajes psicopatológicos. Podemos decir que su sufrimiento deviene **enigmático**. En tal camino, sus preguntas y sus propias impresiones resultan de una gran lucidez. Les leo sus excelentes preguntas: **¿Mi mente es lo mismo que mi cerebro?** ¿Cómo puede la experiencia humana originarse en la materia gris y en la blanca? ¿Qué es orgánico y qué es inorgánico? Pero también encuentra respuestas, cito: “En el clima cultural de hoy la frase *trastorno mental orgánico* tiene un efecto tranquilizador. Mi hijo no está loco, lo que tiene es un problema en el cerebro”. Interesante sin duda al hilo de lo expuesto y que nos enfrenta a una cuestión eminentemente ética. Digamos que para el psicoanálisis, la ética se halla más próxima a la concepción jurídica que a la filosófica que apunta a hacer el bien. La ética en psicoanálisis anuda la responsabilidad al acto. Evidentemente esto no descarta que respetemos a aquellos profesionales que apuntan a hacer el bien porque supuestamente lo poseen o respetar el **derecho a la ignorancia** que tanto abunda hoy en día. (Por cierto, sería un tema interesante a trabajar: **ignorancia y responsabilidad** y más aún, en el contexto “Infanta Imputada” que está aconteciendo). Un sujeto en análisis es responsable de su síntoma, **no su cerebro**. Y en el caso de lesión cerebral, de lo que se trataría es de cómo asumirla y asimilarla. Y ahí estriba su **libertad** a modificar y a establecer nuevas elecciones, pero también su **libertad a expresarse**. Los psicoanalistas ofrecemos el derecho y la libertad a decidir frente a las ataduras de sufrimiento psíquico. No lo olvidemos. Y por supuesto, ofrecemos un lugar de trabajo a quien desee convertirse en **autor** de los cambios que su vida merece.

Permítanme realizar una puntuación más sobre el *trastorno mental orgánico*. ¿Por qué insistir en *mental* y no llamarlo directamente *cerebral* o *neuronal*? Creo que ese vaivén indeciso a la hora de convertir en sinónimos cerebro y mente, se debe a lo que precisamente nos aportan las indagaciones de Hustvedt, sic: “El problema es que el término *trastorno mental orgánico* no dice mucho. No hay lesiones ni perforaciones en el tejido cerebral de los esquizofrénicos ni en el de los maníaco-depresivos como tampoco se ha detectado ningún virus que destruya la corteza cerebral. Las nuevas tecnologías aplicadas a los escáneres cerebrales pueden detectar los **cambios en la actividad cerebral**. Aunque también hay cambios cuando estamos tristes o alegres o excitados sexualmente”. Es decir, la actividad cerebral no es indicativa en sí misma de nada en concreto. Depende de cómo se la simbolice, de la **significación** que se le de y resulta claro que la incidencia sobre la misma mediante psicofármacos es innegable. Es posible detener o ralentizar tal actividad.

Desde el psicoanálisis optamos por pensar las enfermedades mentales en la línea de lo que esta autora apunta magistralmente: “El hecho es que todos los pacientes tienen su historia y esas historias son parte del *significado* de sus enfermedades. Algo aún más cierto en el caso de los pacientes psiquiátricos, cuyas historias suelen estar tan entrelazadas con la enfermedad que es imposible separar la una de las otras”. Y también estamos de acuerdo con esta escritora cuando dice que “Una solución farmacológica podía inhibir el problema exterior, pero no resolvía el problema. No me aclaraba lo sucedido”. Exterior, interior; dentro, fuera... Añadiré que para las actuales concepciones biológicas lo principal es el reduccionismo al adentro, el reduccionismo de todo problema existencial a una manipulación neuronal, de ahí que lo que halla esta autora como puente entre el adentro y el afuera, resulte altamente esclarecedor “El lenguaje se da entre personas y aunque contemos con las herramientas biológicas necesarias para poder aprenderlo, se adquiere a través de los otros... Las palabras cruzan las fronteras de nuestros cuerpos en dos direcciones, de dentro hacia fuera y de afuera hacia adentro, por lo tanto se requieren al menos dos personas para la existencia de una lengua viva”. Seamos claros, nacemos sin lenguaje: no existe el cerebro con neuronas en castellano, francés, inglés o catalán. Pero lo que resulta altamente llamativo es que a la hora de pensar ese fallo que supone el sufrimiento humano y digo **humano**, siempre se busque algo **matérico, tangible**. Es como si resultara más fácil ubicar este fallo en la materia cerebral que en el lenguaje entendido como materia ya que parece que lo material o es orgánico o no es. ¿Por qué no dar al lenguaje estatuto de órgano?

Ahora bien, ¿qué entendemos por lenguaje y qué tipo de material es? Incluso podemos afinar más y lanzar la pregunta de si el lenguaje es un material. Bien, a partir de ahora les propongo que nos ubiquemos en la lógica con que el detective August Dupin, antecedente del famoso Sherlock Holmes de Stevenson, resuelve los enigmas en la trilogía que le dedica Edgar A. Poe en sus *Cuentos*: **Las cosas más evidentes, son las que resultan más imperceptibles**.

Inicialmente es imprescindible, con respecto al lenguaje, separar lo que es la escritura, del habla ya que habitualmente la idea que tenemos del lenguaje está contaminada por la concepción gramatical de la escritura, hecho determinante a la hora de pensar las políticas lingüísticas actuales y su determinismo ejercido por la concepción que aporta la llamada Ciencia del Lenguaje, la Lingüística.

Seguiremos ahora con el filósofo francés Jacques Derrida, en cuyo libro *El monolingüismo del otro* realiza unos matices imprescindibles: “la lengua

está en el otro, viene del otro, es la venida del otro”, pero también destaca la tensión que produce el particular empleo subjetivo confrontado a lo que él denomina “**homogenización del lenguaje**” implícito a la pertenencia a cualquier comunidad de hablantes. Esa tendencia a la homogenización consiste en una tendencia a la **hegemonía de lo homogéneo**, al Uno, a la unificación, a **un** consenso sobre cómo se pronuncia una palabra y qué significado tiene. Y es que sino, llegaríamos a no entendernos, pero en esa tensión entre lo subjetivo y lo homogéneo, lugar princeps del malentendido y el equívoco, es en donde cada uno de nosotros vamos a tener que hacernos cargo de nuestra particularidad, de nuestra particular forma de habitar el lenguaje y expresarnos gracias a él en un determinado contexto histórico.

Desenredado el lenguaje de la escritura, enfatizando el habla, el acto de articular palabras, ¿qué tipo de material es el lenguaje? Es **sonido** y si alguien tiene alguna duda al respecto, los re-envío al campo de la música ya que los músicos justamente son maestros en la modulación y producción de sonidos de la misma manera que un escultor lo es en el manejo del mármol o la arcilla. **Misterioso material el sonido**, tan complejo que hasta el pasado siglo no se consiguió definir el signo lingüístico en términos de significante y significado. Cada palabra, cada frase pronunciada es sonido que conlleva irremediablemente una significación, significa algo, erigiéndose como el **medio de representación específicamente humano**. Es más, podemos añadir que todo sonido no es palabra, algo que saben muy bien los músicos. Para que el sonido sea palabra, debe llamar a la significación. No obstante nos encontramos aquí con un problema que Jacques Lacan no consiguió construir con claridad hasta su seminario XX *Encore*. Se trata de “...percatarnos de que el significado no tiene nada que ver con los oídos, sino con la lectura, la lectura de lo que se escucha. Lo que se escucha es el significante”. Es decir, escuchamos una palabra cuando se pronuncia, pero no su significado. Quizás resulte más claro el que los remita a la palabra escrita y al acto de leer como reflejo de lo que sucede en el campo del habla. Cuando se aborda un texto cualquiera, sea una novela, sea una revista, sea un periódico, el significado siempre cae del lado del lector, sino el texto es una mera imagen. Y en eso consiste exactamente un análisis. También Lacan en ese seminario XX nos avanza que lo que esperamos de un analizante es que sepa leer las significaciones inherentes a su propio texto discursivo. Cualquier individuo que llegue a un análisis comenzará un proceso que consiste en desenredar las significaciones que se hallan anudadas allí donde sufre. Un analista no aporta significación, no es un **lector sabio** del sufrimiento del vecino, ni un intérprete en posesión de La Verdad. Un analista, si lo es, apunta a la caída

de las significaciones, a desenredarlas; apunta al sin sentido al que intentan anudarse. No es una posición fácil, se los puedo asegurar.

Pero no se extrañen de lo que acabo de decir, vuelvo a remitirles a Agust Dupin protagonista de alguno de los *Cuentos* de Poe, que abiertamente nos dice que **analizar** es desenredar enigmas, acertijos, jeroglíficos...

Volvamos ahora al fallo. Hemos dicho que el material en el que se desarrolla la cura analítica es el lenguaje. Ahora bien, el objeto de un análisis no es el lenguaje y tampoco el inconsciente, es **lo real**. ¿Qué entendemos por **real**? Lo real en psicoanálisis es algo que escapa a la representación, algo para lo que no bastan ni las palabras, ni las imágenes. Algo que se escapa a la significación y al sentido. Algo que cuando aparece supone un shock o un trauma, o una ciclogénesis explosiva, ya que está tan de moda en la naturaleza este año. (Recordemos la descripción de Siri Hustvedt de su fenómeno conversivo). La muerte es un real. Y cualquiera que haya experimentado la muerte de un ser querido se habrá encontrado con que faltan las palabras, no hay palabras... Cito a Giorgio Agamben quien nos dice en *Idea de la prosa* que el ángel de la muerte es el lenguaje porque nos la **anuncia**, pero **no nos dice** lo que es, algo que puede hacernos tan difícil el morir y a veces, vivir. Por mucha significación que le demos a la muerte, no conseguimos decir qué es. Algo que cobra sentido en el campo del lenguaje porque nos la anuncia, no logra significarse. Esa es la encrucijada y ese es el contenido del sufrir: **el intento infructuoso de dominar lo irrepresentable**. El otro real que es aquel que se halla en juego en toda experiencia de análisis es que no hallamos, no existe, UNA fórmula que permita establecer un lazo perenne, efectivo y estable, entre un sujeto y el Otro. Aunque cada uno de nosotros se ha inventado alguna que a veces funciona más o menos bien y a veces falla, falla insistentemente.

Lo que permite la experiencia de una análisis es albergar ese real, aceptarlo, asimilarlo. Darle acogida. Sólo que para ello un sujeto debe descubrir lo erróneo de su forma de darle sentido mediante una sobredosis de significaciones que siguen una determinada lógica inconsciente. Nadie posee una fórmula matemática que nos asegure el éxito como deseantes y como seres susceptibles de amar y ser amados en nuestras relaciones con el Otro. No es fácil. Es un proceso que lleva su tiempo. Tal como nos dice Lacan en su seminario XX, la lógica de este fallo la hallamos en un inconsciente determinado y estructurado en su lógica, por el lenguaje.

Si bien es cierto que el parcheamiento que suponen las otras disciplinas o el anestesiamiento inducido por los psicofármacos pueden aportar un cierto bienestar, nunca consiguen obturar por completo ese fallo. Es imposible.

Aunque, hay que decirlo, bienvenidos sean y en particular para aquellos que no quieren responsabilizarse de su existencia. La propuesta del psicoanálisis consiste en llegar a estar en paz con este imposible, saber de que se trata deshaciendo con el lenguaje, aquello que el mismo lenguaje instituye, como nos dice Lacan.

Ahora bien, en esa vía no queda más remedio que añadir que el psicoanálisis también aporta una teoría del lenguaje distinta a la de la lingüística, por ser la única disciplina dentro del medio “psi” que se interroga sobre lo que es hablar. De ahí que posea una teoría de los discursos que responde a qué es el habla, pero también una teoría de lo que es el lenguaje. No se trata de una concepción gramatical. Lacan comienza a construir propiamente una teoría del lenguaje a partir de su concepto *lalague* y a partir del vuelco que supone en su enseñanza sus trabajos de los años 70's equiparable al viraje freudiano de los años 20's y que induce a repensar la clínica desde otras perspectivas. *Lalangue* es un concepto en construcción en el que las **palabras son habitadas** desde el momento que se pronuncian y se entonan, palabras habitadas por los afectos y las angustias, pero también reino del equívoco y en el que coexisten la satisfacción en el decir y también la satisfacción del sentido del decir.

Para terminar les manifestaré mi convencimiento de que la ciencia del cerebro no puede avanzar sino tiene en cuenta ese otro órgano que es ajeno al cerebro, el lenguaje y que los psicoanalistas tampoco tenemos porqué desmerecer y oponernos a los efectos de los fármacos. No resuelven, pero eso no quita que puedan ayudar a resolver. Mi propuesta, claramente **metafórica**, es que piensen en el cerebro como un hardware y en el lenguaje como un software tarado, por ejemplo. Y también tenemos que respetar el derecho a la ignorancia y a la ignorancia afianzada por parches significativos. Pero nuestra propuesta es la de que se liberen de las ataduras del sufrimiento y que puedan alcanzar, no oponerse, a ese real del que les he hablado. Consentir a lo real es nuestra apuesta, lo que implica un *saber hacer* con esa falla estructural sin que sea lo insufrible, lo insuportable o lo incomprensible, lo que nos la ponga en las narices. En esa vía, nos hallamos más cerca del campo del arte que el de la ciencia, puesto que **algunos** artistas nos demuestran, sin saberlo, que lo real que no es representable, sí puede formalizarse, cobrar forma. De eso trataría el *saber hacer*, tal como avanza Lacan en su seminario *El sinthome*.

Concluyo aquí, esperando al menos haberles podido transmitir una idea diferente del lenguaje de la que traían al llegar y apostando más que por “cerebro O mente”, por “cerebro Y mente”. Y recordando, una vez más, la

simplicidad freudiana de su concepción de la Salud Mental: la capacidad para amar, desear y trabajar. Gracias por su escucha.

Palma de Mallorca, febrero del 2014.

## **Bibliografía**

Agamben, Giorgio. *Idea de la prosa*. Traducción Laura Sivani. Ediciones Península. Barcelona, 1989

Agamben, G. *Signatura rerum*. Traducción Flavio Costa y Mercedes Ruvitoso. Anagrama. Barcelona, 2010

Agamben, G. *Desnudez*. Traducción Mercedes Ruvitoso y María Teresa D'Meza. Anagrama. Barcelona, 2011.

Butler, Judith, Marcos de guerra, vidas lloradas. Traducción Bernardo Moreno. Paidós. Barcelona, 2010.

Derrida, Jacques. *El monolingüismo del otro*. Traducción Horacio Pons. Manantial. Buenos Aires, 1997

Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Traducción Arantzazu Saratxaga. Herder. Barcelona, 2012

Hustvedt, Siri. *La mujer temblorosa*. Traducción Cecilia Ceriani. Anagrama. Barcelona, 2010

Kandel, Eric C. *La era del inconsciente*. Traducción Genis Sánchez e Ignacio Villaro. Paidós. Barcelona, 2013

Klein, Naomi. *La doctrina del shock*. Traducción Isabel Fuentes, Albino Santos, Remedios Diéguez y Ana Caerols. Paidós. Barcelona, 2007

Lacan, Jacques. *El seminario libro 20, Aún*. Traducción Diana Rabinovich, Delmont- Mauri y Julieta Sucre. Paidós. Buenos Aires, 1981

Lacan, J. *El seminario libro 23, El Sinthome*. Traducción Nora González. Paidós. Buenos Aires, 2006

Poe, Edgard Allan. *Cuentos 1*. Traducción Julio Cortazar. Alianza Editorial. Madrid, 1983.